

# Europa: la memoria del futuro

[Alain de Benoist]

---

El referéndum del 20 de septiembre de 1992, que permitió a los franceses pronunciarse sobre la ratificación del Tratado de Maastricht, dividió a todas las familias intelectuales y políticas. La corriente cultural que habitualmente se designa con el nombre de *nueva derecha* no escapó a la regla. En Francia, la revista *Éléments* se pronunció por el "no", mientras que nuestros amigos de Flandes y de Italia, por ejemplo, tomaron posición en favor del "sí" (1). Por mi lado, yo simplemente no tomé parte en aquella votación.

## Un debate confuso

Se ha dicho con frecuencia que el debate en torno a este referéndum fue particularmente rico y apasionante. La verdad obliga a decir también que ha sido con frecuencia muy confuso. Independientemente de que en algunos momentos no se sabía muy bien si se trataba de votar por o contra el Tratado de Maastricht, por o contra Europa o por o contra el poder establecido, las motivaciones que se expresaban en cada campo eran extremadamente contradictorias. Por un lado, había el "sí" a la "Europa europea", el "sí" a una zona de libre comercio dominada por los Estados Unidos e incluso el "sí" a la "Europa de cien banderas". Por otro, el "no" a toda limitación de las soberanías nacionales coexistía con el "no" a una comunidad que se limitara a Europa del Oeste, o incluso con el no a las modalidades de creación de una moneda única.

Por otra parte, los argumentos avanzados aquí y allá eran sumamente contradictorios. Algunos, por ejemplo, afirmaban lisa y llanamente que el Tratado permitiría "amarrar" eficazmente a Alemania... dejando a Francia perfectamente libre en sus movimientos. Otros rechazaban la idea de una moneda única so pretexto de que no iba a ser controlada por un Ejecutivo verdaderamente europeo... pero se oponían simultáneamente a las transferencias de soberanía que permitirían la creación de tal Ejecutivo. Y otros, en la misma perspectiva, deploraban que Europa fuera políticamente inexistente, pero no se oponían menos a que pudiera tener los medios para políticamente existir.

Más aún, a veces se utilizaban los mismos argumentos para llegar a conclusiones opuestas. Así, **Jacques Garello**, presidente del *Aleps*, en nombre del liberalismo invitaba a votar "no" a Maastricht, en el mismo momento en que su amigo **Alain Madelin** apelaba al "sí" afirmando que "Maastricht es la Europa liberal" (2). Hay que votar "sí", decían los unos, porque la Europa de Maastricht permitirá conjurar la "amenaza alemana" impidiendo a la Alemania reunificada

volcarse hacia el Este; al contrario, hay que votar "no", decían los otros, so pena de ver a la Comunidad Europea dominada por los teutones. A **Marie-France Garaud**, que pedía el "no" poniendo en guardia contra la "potencia germánica" y la resurrección del "Sacro Imperio", le hacía eco **Michel Rocard** asegurando que si el "no" vencía, "Alemania reencontraría sus querencias históricas y geográficas" (3) —y la idea general, en ambos casos, parecía ser que Alemania, para darnos gusto, no debería considerarse como una potencia central en el continente europeo, sino como algo semejante al principado de Mónaco.

Lo mismo ocurrió en lo que concierne a las relaciones entre Europa y los Estados Unidos. Algunos, como **Roger Garaudy** o **Gilbert Pérol**, apelaban al "no" por hostilidad hacia el atlantismo. Éstos hacían ver que el Tratado de Maastricht, al disponer en su Título V que la política europea de seguridad debe ser "compatible con la política común de seguridad y de defensa en el marco de la OTAN", reducía la defensa europea a ser, en el mejor de los casos, el "pilar europeo" de un sistema cuyo tope infranqueable sería la Alianza Atlántica. Así, la Europa de Maastricht sería una "Europa americana" (4). Pero al mismo tiempo, uno de los argumentos más constantemente empleados por los partidarios del "sí" consistía en decir que una Europa más unificada sería de toda evidencia mucho más capaz de resistir a las pretensiones de Washington, de modo que el rechazo del Tratado de Maastricht, en último análisis, sólo beneficiaría a los Estados Unidos.

"La paradoja —escribía así **Alain Duhamel**— es que en Francia son los guardianes más celosos de la soberanía nacional quienes, oponiéndose al Tratado de Maastricht, hacen involuntariamente el juego de Washington y de Tokio. Su sinceridad es total; su ardor, edificante; sus talentos, a veces, envidiables. Da igual: los neonacionalistas de todas las facciones cumplen a pesar de sí mismos el papel del partido americano. Si se considera no sus intenciones, sino los efectos que tendría su victoria, la izquierda americana es, hoy, **Jean-Pierre Chevènement**. La derecha atlantista es, de facto, **Philippe Séguin**". Y concluía: "Una cosa es segura: el rechazo a compartir la soberanía en el seno de la Unión Europea lleva directamente a compartir involuntariamente la soberanía con los Estados Unidos y Japón" (5). Hay que admitir que no es fácil elegir campo.

### **La crisis del Estado-nación**

Para intentar ver las cosas más claras, creo necesario decir primero, netamente, desde dónde estamos hablando, es decir, en qué punto de vista nos hemos situado. Y resulta que mi punto de vista es el de Europa. Yo soy europeo. Así es como siempre me he definido, y creo que lo soy con todas mis fuerzas. Amo a Europa espiritual, intelectual e incluso físicamente. Ya sea en Grecia o en Irlanda, en Sicilia o en los países escandinavos, en ninguna parte me siento extranjero. Amo Europa, amo los pueblos que la componen. Deseo ver su diversidad y su identidad preservadas. Creo en los pueblos y en las culturas más que en las naciones y en los Estados.

De modo que no soy de esos que piensan que la nación es el marco insuperable de la vida política y de la participación democrática. El Estado-nación, a mis ojos, no es la única forma posible de vida colectiva o de organización política. Y menos si tenemos en cuenta que, en la historia de Europa, éste solo representa un breve período de tiempo. Sobre este punto estoy de acuerdo con **Jacques Lesourne** cuando escribe: "La vitalidad de las patrias no significa que el Estado-nación haya sido la forma dominante de organización de las sociedades humanas en todos los tiempos: la ciudad-Estado de la Antigüedad o del Renacimiento, el sistema feudal de la Alta Edad Media o la Liga Hanseática parecieron, en su momento, construcciones políticas naturales. El Estado-nación, que data del siglo XV, no es el fin de la Historia, como tampoco lo es la muerte del comunismo soviético" (6).

Ciertamente, el Estado-nación sigue siendo aún, en muchos aspectos, un marco privilegiado de identificación y de pertenencia simbólica, y por supuesto, hay que tenerlo en cuenta. En los hechos, sin embargo, estamos viendo cómo se disloca un poco por todas partes. Demasiado grande para arreglar los pequeños problemas, demasiado pequeño para arreglar los problemas grandes, hoy en día se ve contestado, por arriba, por la mundialización de los intercambios, y por debajo, por los impulsos identitarios y las aspiraciones a nuevas formas de participación cívica. Las falsas federaciones de la URSS y de Yugoslavia, que de hecho no eran más que reagrupamientos coercitivos artificiales, que reposaban sobre una estructura piramidal autoritaria cimentada por la ideología monopolística de un partido único, han estallado ya. En el Oeste, Italia registra el ascenso de las ligas autonomistas, Bélgica ha dejado de ser un Estado unitario y las grandes regiones de España, como Cataluña, afirman cada día más su personalidad. Por todas partes ascienden las *patrias carnales*, mientras se esbozan sinergias regionales transfronterizas que generan solidaridades concretas entre territorios que la historia de los Estados había separado, pero que la lengua, la cultura, la geografía y el interés común empujan hoy a reaproximarse.

La mundialización de los problemas cambia también su naturaleza. Implica medios de intervención y de decisión en un nivel diferente. Mi impresión es que, desde el fin del comunismo soviético, vamos hacia un mundo *multipolar* cuyos actores esenciales serán las grandes zonas continentales, que constituyen hoy el nivel de control de situaciones más adaptado a las circunstancias.

Tales zonas sólo pueden construirse según ese principio imperial de la "unidad en la diversidad" que, como gustaba de recordar **Denis de Rougemont**, está inscrito en el frontón de todo edificio federalista. "En un imperio —notaba recientemente **Pierre Rosanvallon**— existe una unidad política y militar de autoridad, pero al mismo tiempo hay un pluralismo de derecho y una diversidad considerable de las formas de organización práctica de la vida administrativa" (7). La solución imperial-federal, que reposa sobre el respeto de las diferencias, el principio de asimetría, el amor por la complejidad, y que por tanto es "lo contrario de la simplificación totalitaria, de la uniformidad

impuesta por el poder central" (8), me parece a este respecto la más conforme con la realidad de las cosas, la más conforme con una socialidad orgánica que no se plantea obtener la unidad mediante la supresión de las identidades locales, sino que, al contrario, la hace descansar sobre una dinámica asociativa fundada en la dignidad de las personas y los grupos, es decir sobre la autonomía y la participación de cada uno de los subconjuntos que la componen. Tal solución me parece la única que puede tener en cuenta a la vez los dos grandes imperativos del mundo actual: por una parte, la mundialización de los problemas del medio ambiente y la expansión transestatal de la esfera económica, cuyo control implica un cierto número de agrupamientos a escala de las grandes regiones continentales, y por otra parte la aspiración, que hoy se expresa por todas partes, a la afirmación de las identidades nacionales, regionales o locales.

Creo, pues, en la posibilidad de formar en Europa una unidad política federativa sobre la base de los pueblos y las regiones. Y añadiré que no sólo creo en esta posibilidad, sino que creo también en la *necesidad* de un desarrollo de las estructuras federativas en el seno de cada uno de los Estados miembros, de manera que, por ejemplo, la República francesa "una e indivisible" deje lugar progresivamente a una república federal de los pueblos de Francia: pueblos vasco, corso, alsaciano, bretón, etc., cuya existencia habrá un día que reconocer constitucionalmente.

Aclarada así mi posición, diré primero por qué no voté "sí" en el referéndum del 20 de septiembre.

### **La Europa insuficiente**

El título exacto del documento sobre el cual los franceses fueron invitados a pronunciarse era el siguiente: "Modificaciones del tratado que instituye la Comunidad económica europea con vistas a establecer la Comunidad europea". Este título es a primera vista simpático, pues deja pensar que nos aprestamos a pasar de una Europa puramente económica a una Europa propiamente dicha. Por ahora, sin embargo, no hay nada de éso. No sólo porque, en el texto del Tratado de Maastricht, el capítulo "Cultura" no ocupa más que treinta y cinco líneas de entre aproximadamente diez mil. Sino también, y sobre todo, porque el objetivo esencial de este tratado es la realización de un proyecto de Unión económica y monetaria (UEM), concretamente la creación de una moneda única a marchas forzadas.

*Nomen est omen*: la construcción europea, que ha sido emprendida por un personaje llamado **Monnet** y que es hoy proseguida por un político cuyo nombre es **Delors**, parece estar abocada de antemano a convertirse en la Europa del dinero\*.

Sin embargo, yo no soy hostil en modo alguno al principio de una moneda única, en la medida en que ésta es muy precisamente "lo que distingue

cualitativamente un mercado único del librecambio internacional" (9); es inconcebible una Europa unificada que no dispusiera de una moneda dotada de sus propias referencias, es decir no alineada con el dólar. Por el contrario, lo que plantea problemas son las modalidades de su instauración.

La ideología que preside actualmente este proyecto es el *monetarismo*: la acción sobre la masa monetaria constituiría el instrumento superior de regulación de la vida económica. El artículo 105 del título VI, capítulo 2 (*La política monetaria*) del Tratado, precisa por otra parte que "el objetivo principal del Sistema europeo de los bancos centrales (SEBC) es mantener la estabilidad de los precios". En esta óptica, la moneda no es un instrumento del poder político, sino, conforme al dogma liberal, un simple útil "cuya eficacia es ampliamente determinada por el estado del mercado" (10). En la práctica, eso significa que se dará más importancia a los resultados financieros que a los resultados económicos basados en la producción y el consumo reales, y que se hará gala de una soberbia indiferencia respecto a los hechos sociales.

El artículo 107 del mismo capítulo precisa que "ni el banco central europeo, ni ningún banco central nacional, ni ningún miembro de sus órganos de decisión pueden solicitar ni aceptar instrucciones de las instituciones u órganos comunitarios, de los gobiernos de los Estados miembros o de cualquier otro organismo". Esto quiere decir que los miembros del consejo de gobernadores del banco central decidirán por su cuenta una política monetaria planteada de antemano como la clave de bóveda de todo el edificio europeo, y que vigilarán la política económica de los Estados miembros para sancionar eventualmente sus "errores manifiestos", sin estar ellos mismos sometidos al control de nadie y, por supuesto, sin disponer de la menor legitimidad democrática, pues no serán elegidos por nadie. De manera que, con o sin Ejecutivo europeo, la soberanía, si alguna hay, residirá sólo en el dinero. Esta independencia del banco central es, evidentemente, una de las perspectivas que más regocijo han causado en los medios liberales.

Por último, el artículo 102 del título VI, capítulo I, estipula que "los Estados miembros y la Comunidad actúan en el respeto del principio de una economía de mercado abierta donde la competencia es libre". Este artículo, que no figuraba en el texto del Tratado de Roma, contradice de entrada la noción misma de *preferencia comunitaria*. Corta la vía para una política industrial europea, prohíbe las nacionalizaciones tanto como las ayudas coyunturales o estructurales a los sectores que se hallen en dificultades, reduce al mínimo el margen de maniobra de las políticas económicas de los Estados miembros y, a largo plazo, arruina la noción misma de servicio público.

Estos tres artículos representan a mi juicio lo más negativo e inaceptable que hay en el texto del Tratado de Maastricht. En lugar de caminar hacia la creación de un Ejecutivo europeo que tenga el control del banco central, se camina hacia la transferencia de unas competencias hasta hoy controladas por gobiernos elegidos, en beneficio de una entidad *no política* vacía de legitimidad alguna. La

creencia que sostiene esta postura es, al parecer, que "la gestión monetaria, en el futuro, procederá mucho más de las decisiones técnicas que de las decisiones políticas" (11) y que los banqueros son gente seria que no se dejará llevar a las decisiones desconsideradas de los políticos. En realidad, no podría sancionarse mejor el mito de la "neutralidad de la técnica" y la primacía de lo monetario sobre lo económico —y después, de lo económico sobre lo político— que dando este cheque en blanco a un puñado de grandes banqueros. El ejemplo frecuentemente citado de la independencia del Bundesbank es, a este respecto, engañoso. Como escribe **Alain Lipietz**, "la Alemania del Oeste ha disfrutado de las ventajas de un banco independiente mientras los intereses de la banca, la industria y los sindicatos coincidían. Tras la unificación con el Este, éso ha dejado de ser verdad: el Bundesbank se ha convertido en el gran obstáculo para una integración pacífica de Alemania" (12). Y eso es tan cierto que el canciller **Kohl**, al día siguiente de la caída del Muro de Berlín, para realizar su política tuvo que imponerse ante un banco central que no quería aceptar un cambio de igual paridad entre el marco del oeste y el marco del Este. Pero también es verdad que hay un gobierno alemán, mientras que no hay un verdadero gobierno europeo.

### **El dogma monetarista**

Directamente unidos a la lógica del monetarismo, es decir, a la sumisión a los mercados financieros y a la selección de los proyectos exclusivamente en función de su rentabilidad a corto plazo, los famosos *criterios de convergencia* que el proyecto de UEM pretende imponer a los diferentes países de la CE para participar en la moneda única tendrán, en términos de costes estructurales y sociales, los mismos efectos desestabilizadores que los "planes de ajuste" impuestos a los países del Tercer Mundo por el Banco Mundial y el FMI. A causa de la interdependencia de las economías nacionales, la carrera de rigor que esos criterios implicarán tiene todas las posibilidades de conducir a la deflación y después a la recesión, mientras las fracturas sociales se agrandan.

Los "criterios de convergencia" generan tasas elevadas; no tienen en cuenta los grandes equilibrios económicos sociales, ni la protección social o del paro; endurecen las obligaciones en un clima de crecimiento hipertrófico de los beneficios financieros y de las rentas de capital, en una época en que el control de la masa presupuestaria y del déficit es más que nunca el instrumento de regulación de la coyuntura económica. Los criterios de convergencia nos llevan, como dice Jean-Pierre Chevènement, "hacia una especie de Mar de los Sargazos de la economía en nombre de los imperativos monetaristas" (13). En los pocos países que podrán satisfacerlos, el resultado será una acentuación de la *Europa a dos velocidades* con, por una parte, una elite económicamente integrada y, por otra, unas capas populares dispuestas por desesperación a caer en todas las tentaciones del populismo demagógico. En el resto de Europa, nacerá otra fosa entre un baluarte financiero representado por los países del Norte y del Oeste, los únicos susceptibles de agregarse a la esfera de influencia del marco, y los países del Sur y del Este, que serán incapaces de tal cosa. Es decir que, en lugar

de unificar Europa, se la dividirá todavía un poco más de lo que ya lo está, reemplazando el antiguo *Telón de acero* comunista por un capitalista *Muro de dinero*, que será, sin duda, todavía más difícil de franquear. Todo este dogmatismo monetario reposa finalmente sobre la idea de que la moneda no es más que un útil para la unificación del espacio económico y que de la calidad de la moneda depende la calidad de la economía. Ahora bien, estas dos afirmaciones son tan falsas la una como la otra. Del mismo modo que la cualidad del ciudadano no se reduce a la condición de agente del mercado (14), así la moneda no es un objeto neutro, sino un vínculo social (15). Y por otra parte, una buena moneda no produce una buena economía: es la buena política la que se traduce en una buena economía, y ésta, a su vez, se expresa a través de una buena moneda. No puedo sino estar de acuerdo con lo que escriben **Christine Boutin, Alain Mayoud y Michel Pinton**: "Una moneda no es una entidad que tiene su fin en sí misma. No es sólo un objeto cómodo que permite nuestras ventas, nuestras compras y nuestro ahorro. Es un instrumento que adquiere su verdadero sentido cuando está al servicio de un pensamiento (...) Cuando se trata de un Estado, ese pensamiento se llama *su política* (...) No puede, pues, haber moneda europea sin política europea. Si no, sería simplemente un barco a la deriva" (16). Pero a diferencia de los autores que acabo de citar, no voy a concluir que la moneda europea no sea precisa, sino al contrario: que *hace falta* una política europea para controlar esa moneda, es decir que hace falta un Gobierno europeo.

Ésto me lleva ahora a precisar por qué, a pesar de cuanto precede, tampoco he votado "no" a Maastricht.

### **Contra el jacobinismo**

La primera razón arranca de ese *jacobinismo* que, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda pasando por todos los partidos del centro, es aparentemente en Francia la cosa más compartida del mundo. Veo ahí, por mi parte, uno de los rasgos más negativos de nuestra historia y uno de los principales peligros que hemos de conjurar. El jacobinismo es la centralización, la uniformidad, el empobrecimiento de la diversidad de las lenguas y las culturas. Pienso, pues, que todo cuanto de un modo u otro contribuya a romper ese jacobinismo será buena cosa. Y en el Tratado de Maastricht, aunque de un modo aún muy modesto, aún insuficiente, hay dos puntos que desde esta perspectiva me parecen muy positivos. El primero es la implantación del principio de *subsidiariedad*. El segundo es la creación de un Comité de las Regiones.

El término "subsidiariedad", que evoca al mismo tiempo la tradición imperial y la doctrina social de la Iglesia, figura en el artículo B del Título I del Tratado, que precisa que "los objetivos de la Unión se alcanzan en el respeto del principio de subsidiariedad". Este principio es luego definido en el artículo 3b en los siguientes términos: "En los terrenos que no son de su competencia exclusiva, la Comunidad sólo interviene, conforme al principio de

subsidiariedad, si y en la medida en que los objetivos de la acción propuesta no pueden ser realizados de manera suficiente por los Estados miembros y pueden por tanto, en razón de las dimensiones o de los efectos de la acción propuesta, ser mejor realizados a nivel comunitario" (17). En cuanto al Comité de las Regiones, cuyo papel en un primer momento sólo será consultivo, no existía antes. Se trata, pues, de una innovación importante.

Acabo de decir que estas disposiciones son aún modestas. Es evidente. Es completamente anormal, por ejemplo, que la Comunidad europea decida ella misma qué es de su competencia exclusiva, cuando hasta ahora lo que ha hecho ha sido ir apoderándose poco a poco de las prerrogativas de los Estados y las regiones. Una buena aplicación del principio de subsidiariedad exige que la posición se invierta, es decir que se determine primero qué *no* es del dominio de la Comunidad, sino de los niveles de intervención que le están subordinados. Hay que hacer una lista precisa de los terrenos en que la Comunidad no debe intervenir. Y sobre todo, es absolutamente necesario crear una instancia encargada de examinar la conformidad de las actas comunitarias con el principio de subsidiariedad. Esa instancia podría resultar precisamente de la transformación del Comité de las Regiones en una *Cámara Alta*, una suerte de Senado de las regiones, que vendría a doblar en Estrasburgo al actual Parlamento europeo –un Parlamento donde, por otra parte, sería bueno que los diputados fuesen elegidos en verdaderas listas europeas, y no en listas establecidas por los partidos nacionales que representan a los Estados miembros.

Tal evolución es posible. No es la Comunidad quien hoy se opone a ella, sino algunos Estados nacionales que ya han logrado que los miembros del Comité de las Regiones sean nombrados exclusivamente por ellos, lo que de momento arrebató a los verdaderos regionalistas cualquier posibilidad de verse representados. En el mismo orden de ideas, quiero señalar (porque la prensa no habló en absoluto de ello) que el 5 de noviembre de 1992 Francia rehusó firmar la *Carta de las Lenguas regionales* adoptada en Estrasburgo en el marco del Consejo de Europa, Carta que afirma el derecho a la práctica de las lenguas minoritarias y prevé su promoción en la vida social. Para justificar su posición, Francia alegó una ordenanza de **Francisco I** que data de 1539, así como un "principio de igualdad entre los ciudadanos" claramente interpretado aquí en el sentido de una pura y simple uniformidad (18).

### **Ciudadanía e Imperio**

Volvemos a toparnos aquí con un viejo problema: la gran dificultad que hay en Francia para hacer comprender que la nacionalidad y la ciudadanía no son obligatoriamente sinónimos. Las razones de esta dificultad se remontan al año 987, es decir, al hecho de que los franceses, durante la mayor parte de su historia, han carecido de un *cultura de Imperio*. De ahí resulta que, entre nosotros, la ciudadanía ha sancionado tradicionalmente la pertenencia nacional, y el jacobinismo, por su parte, se ha encargado de afirmar que el pueblo y la

nación son una sola y misma cosa. Y como, en sentido estricto, hoy no hay "nación europea" ni "pueblo europeo", se concluye que tampoco puede haber ciudadanos europeos, aunque el Tratado de Maastricht pretenda precisamente lo contrario.

Ahora bien, a este argumento se le puede dar la vuelta como a un guante, y el mejor modo de hacerlo es mirando la forma en que ha nacido el "pueblo francés". El Estado-nación, que hace coincidir estrictamente la población, el territorio y la ley, es en efecto una invención tardía, cuyas raíces no se remontan más allá del siglo XIV y cuya significación propiamente política data de la Revolución. Su característica mayor ha sido el realizar, así bajo la Monarquía como bajo la República, un vasto movimiento de *uniformización* social, jurídica, lingüística y finalmente política, mediante la imposición autoritaria de una serie de "equivalentes generales" que van desde la lengua hasta el sistema de pesos y medidas. Eso significa que, contrariamente a lo que ha sucedido en Alemania o en Italia, donde el Estado ha sancionado la existencia de un pueblo que existía antes que él, en Francia es el Estado quien, al crear una nación de ciudadanos, ha dado verdaderamente nacimiento al pueblo francés. En otros términos: el "pueblo" ha nacido de la ciudadanía. Pero, a la luz de este ejemplo, no se ve por qué la proclamación de una "ciudadanía europea" no podría hacer nacer también un "pueblo europeo".

Por ahora, la ciudadanía europea sanciona sólo el hecho de que existe un poder de decisión que se sitúa al nivel de Europa. En efecto, no hay que olvidar que la ciudadanía es un hecho *político*. Ahora bien, Europa es una *polis* en proceso de formación. Por eso se puede ser ciudadano europeo sin perder por ello la nacionalidad, pues la ciudadanía europea no es otra cosa que el reconocimiento jurídico de la existencia de ese poder de decisión europeo.

## **La soberanía**

Es precisamente al considerar la realidad de este poder europeo cuando hay que reexaminar la noción de *soberanía*. Como todo el mundo sabe, la Declaración de Derechos de 1789 proclama en su artículo 3 que el principio de soberanía "reside esencialmente en la nación", y su preámbulo afirma que la soberanía es "inalienable". Estas afirmaciones solemnes no son, en realidad, sino fórmulas retóricas, sin más autoridad que la que se les quiera otorgar. Es difícil, en efecto, admitir que la soberanía sólo puede residir en la nación, pues ha habido autoridades políticas soberanas mucho antes de que las naciones existieran. En cuanto a creer que la soberanía es "inalienable", en realidad sólo lo es del mismo modo en que los derechos humanos son "imprescriptibles". La experiencia histórica demuestra, al contrario, que los pueblos, en numerosas circunstancias, han alienado su soberanía, ya sea delegándola provisionalmente, ya sea transfiriéndola definitivamente. Y el hecho de que en democracia el pueblo sea "soberano" indica que no se puede poner en cuestión la validez de esas decisiones.

De modo que, mejor que definir la soberanía con fórmulas metafísicas, más vale dar de ella una definición concreta. La soberanía es la capacidad de ejercer libremente las opciones y las decisiones necesarias para el dominio de las situaciones. Podemos añadir, con **Carl Schmitt**, que es soberano quien decide en caso de urgencia, es decir en el *estado de excepción*. Ahora bien, es un hecho demostrado que los datos que más profundamente transforman hoy la vida social y política de los ciudadanos resultan cada vez menos de las decisiones de los Estados y escapan cada vez más a su poder de decisión, de modo que estos Estados tienden más bien a correr tras unas evoluciones que no pueden controlar porque han perdido los medios para ello. En tal situación, decir que todos somos siempre soberanos, pero que no hacemos uso de nuestra soberanía, sigue siendo una fórmula retórica. El realismo impone constatar que ya no tenemos los medios apropiados, aún cuando quisiéramos tenerlos. Ésto nos devuelve a la cuestión de los niveles pertinentes de decisión, de la que ya he hablado. **Pierre Drieu La Rochelle** había llegado ya a esta conclusión en 1931: "La soberanía se halla hoy vacante. Ya no está vinculada a los Estados nacionales, que no representan más que un residuo histórico. Las viejas necesidades económicas que han presidido la formación de estos Estados ya no existen: las nuevas necesidades los arruinan y los matan. La soberanía irá pues a Europa, la nueva patria..." (19).

Las mismas consideraciones sobre la soberanía permiten, a mi juicio, recusar la óptica confederal, a veces llamada de "la Europa de las naciones". Yo soy hostil a una confederación precisamente porque apuesto por la soberanía. La soberanía se delega o se transfiere, pero no se *comparte*. Y el principio de la confederación impone que las decisiones sólo puedan tomarse previo acuerdo de la mayoría, si no de la totalidad de las partes implicadas. Tal regla es evidentemente antagónica de cualquier decisión que no salga de un consenso de circunstancias sobre puntos de detalle. La regla de la mayoría cualificada, en efecto, no puede sino implicar abandonos de soberanía a nivel nacional que, en esas condiciones, no serán compensadas en el nivel superior. Una confederación puede eventualmente hacer los cohetes Ariane y el Airbus, lo cual, por otra parte, es buena cosa. Pero no puede decidir con una sólo voz en caso de excepción –en tal circunstancia, lo más probable es que la confederación no decida nada. En el terreno de la decisión política, de la defensa o de la moneda, la simple concertación conduce a la impotencia.

Ahora bien, el drama, hoy, reside en el hecho de que éso que se llama comúnmente transferencia o delegación de soberanía, con frecuencia no es más que un simple *abandono* de soberanía. En otros términos: perdemos soberanía en un nivel subordinado sin que esta soberanía se encuentre elevada a un nivel superior. Por ahora, ésto es un hecho incontestable. Algunos hallan aquí argumento para rechazar toda transferencia de soberanía. Pero me parece que se puede concluir también lo contrario –esto es, exigir que Europa sea *verdaderamente soberana*.

**...Y los americanos**

Vengo ahora al problema de las relaciones entre Europa y los Estados Unidos. Después de todo, hay una buena manera de saber si la Europa de Maastricht es o no una "Europa americana", y es preguntarse qué piensan de ella los americanos. **Michel Jobert** es de los que se han hecho esa pregunta. "¿Quién se ha preocupado por saber —escribe— si los Estados Unidos desean el éxito o el fracaso de los acuerdos de Maastricht? En los últimos días de la campaña, sólo un responsable, en la mayoría, ha abordado este tema afirmando que el deseo americano era el fracaso. No le han faltado recientemente pruebas económicas y financieras de ello. Entonces, ¿por qué sólo esa voz y, digámoslo también, sólo esa audacia? ¿Qué hay de incongruente o de dramático en reconocer que, desde 1988, los Estados Unidos han emprendido una campaña contra la *fortaleza Europa*, que éstos no soportan la perspectiva de una defensa europea y se alarman incluso por una brigada franco-alemana de apenas 30.000 hombres? Europa, primera potencia comercial del mundo (43,5% de las exportaciones), inquieta a una América que no representa más que el 15% del mercado mundial. La moneda única, si llega a ver la luz, es también el fin del dominio del dólar. ¿Por qué se hace el silencio sobre tales evidencias?" (20). Podemos preguntárnoslo, en efecto.

Porque, si vamos al fondo de las cosas, no hay duda que valga. En origen, sin embargo, los americanos habían animado la construcción europea. "Desde el punto de vista de Washington —explica **Bernard Cassen**—, la construcción comunitaria, tras el Plan Marshall y bajo la tutela última de la OTAN, era una manera de estabilizar políticamente el Oeste del Viejo Continente frente al Telón de acero y crear una zona de prosperidad ampliamente abierta a los productos americanos. No se trataba en modo alguno de favorecer el surgimiento de un bloque económico competidor" (21). Pero hoy la situación ha cambiado. La desaparición del sistema comunista ha trastornado los puntos de referencia y los americanos no han dejado de perder partes de mercado en el comercio mundial. Por eso ven con la más viva inquietud cómo se levanta una potencia de hecho, que sin duda está aún lejos de poder imponerles sus decisiones, como han demostrado las negociaciones del GATT, pero que representa para ellos un peligro virtual evidente. Para los Estados Unidos, Europa era hasta ahora una aliada. Hoy se ha convertido en un competidor, es decir un adversario que hay que abatir.

¿Cuál sería para los Estados Unidos la Europa "ideal"? "Esa Europa ideal — responde Bernard Cassen— sería ante todo un mercado lo más grande y abierto posible hacia el exterior, en realidad un simple segmento de la vasta zona de librecambio desde Vancouver hasta Vladivostock". En cuanto a la Europa política que les gustaría tener, sería precisamente "la menos 'política' posible, es decir la menos capaz de hablar alto y fuerte con una sólo voz, apoyada en su potencia industrial, financiera y militar" (22). Se ve con claridad qué quieren los americanos. Quieren penetrar libremente en el mercado europeo, obteniendo de la Comunidad que limite por sí misma su producción, e impedir por todos los medios que los productos europeos penetren en su casa y, simultáneamente, recuperar en detrimento de la CE los otros mercados que los americanos han

perdido. A ningún precio desean una moneda única que rivalice con el dólar como moneda de reserva mundial que ponga fin a la inmunidad del billete verde. A ningún precio desean una defensa europea independiente. Y como temen que el Tratado de Maastricht conduzca a ésto, a pesar de las cláusulas que garantizan esos intereses americanos que temen ver caer rápidamente en el olvido, por eso muestran tantas reservas sobre él. La mejor Europa, en fin, sería para ellos una Europa dividida, donde reinara tal disparidad de aspiraciones que podrían imponer sin demasiado esfuerzo negociaciones bilaterales ventajosas para ellos a unas naciones europeas sin percepción alguna de sus intereses comunes. ¿Es un azar, por otro lado, que el Estado miembro de la CE más atlantista, es decir Inglaterra, sea también el menos europeísta?

He aquí estas reflexiones, con las que he intentado explicar mi abstención. En verdad, ni el librecambismo ni el jacobinismo me gustan. Tampoco creo en los escenarios apocalípticos que cada campo dibujaba ante la eventualidad de una victoria del campo adverso. Ni la victoria del "sí" entraña la muerte de Francia ni la del "no" supone la muerte de Europa. ¿Había que decir "no" junto a los paladines de la "Francia sólo", con quienes ven en el regionalismo un "instrumento de la subversión" (23) o quienes piensan que el papel de Francia es luchar eternamente contra el Imperio (24) e impedir que se haga Europa? Y al contrario, ¿había que decir "sí" con los adeptos de la Europa de los tecnócratas y los banqueros? No me apetecía ni lo uno ni lo otro, y por éso me quedé en mi casa.

### "Nuestra" Europa

El tema, bien lo sé, es complejo. El argumento que con más frecuencia he oído durante la discusión del Tratado de Maastricht era que, en muchos aspectos, la Europa que hoy se construye "no es la nuestra". El argumento es imparable, sí. Pero, desgraciadamente, no agota la cuestión. Incluso se puede decir que levanta todavía más preguntas. La primera sería si, al esperar para hacer esa Europa "nuestra" que se perfila en el horizonte, no nos arriesgamos a esperar eternamente. En otros términos: ¿Podemos sacrificar permanentemente la *Europa real* a la *Europa ideal*? En el artículo que dedicó a Maastricht, **Marco Tarchi** hacía una observación muy justa: en el fondo, todo cuanto hoy reprochamos a la Europa de Maastricht, ¿no podríamos reprochárselo también a todos y cada uno de los Estados-naciones que existen actualmente? En efecto, ¿hay en la Europa de hoy un sólo país que represente una *alternativa* creíble a los males de los que adolece la Comunidad? ¿Acaso los actuales Estados-naciones no han abandonado ya la primacía de lo político y consagrado el reino de los valores mercantiles? ¿No son ya víctimas de la americanización? Igualmente, ¿acaso la tecnocracia italiana, española o francesa es mejor que la tecnocracia de Bruselas, que a fin de cuentas no es sino el reflejo de cómo hemos venido concibiendo los europeos el papel de la función pública desde hace cincuenta años? Y el famoso *déficit democrático* de las instituciones comunitarias, ¿no es ante todo la suma de los déficits democráticos nacionales y no es

igualmente resultado del modo en que las burocracias nacionales se desentienden ante la Comunidad de sus propias responsabilidades?

Me parece que la respuesta a todas estas preguntas es clara. Los Estados nacionales, cuyas prerrogativas querrían algunos oponer a la actividad de las instituciones comunitarias, presentan exactamente los mismos defectos y, por lo tanto, no constituyen una alternativa. En estas condiciones, ¿no sería mejor actuar sobre aquél nivel de decisión que, convenientemente utilizado, sería el más adecuado para producir los efectos deseados? Los Estados-naciones no poseen ya los medios para ser soberanos; la Comunidad europea, por el momento, no ambiciona serlo. Pero si mañana hay que afirmar una voluntad de soberanía, ¿acaso ésta no pesará más si se afirma al nivel de Europa? ¿No es en este nivel donde se encuentran las más ricas potencialidades? ¿Es, en fin, irrealista creer en la dinámica de las instituciones y en el *efecto de arrastre* que produce el advenimiento de situaciones nuevas? Me parece que es más fácil cambiar el *contenido* si se dispone ya de un *continente*. Si se es europeo, más vale una Europa *posible*, aunque contestable, que *ninguna* Europa.

En un libro que hizo bastante ruido (25) el economista **Lester Thurow**, del Massachusetts Institute of Technology (MIT) constataba que en menos de medio siglo los americanos habían perdido casi todas las ventajas que hacían de su economía una ciudadela inexpugnable, y que además son hoy el país más endeudado del mundo. Thurow concluía que "nunca, desde la caída del imperio romano, se ha encontrado Europa en una situación tan favorable" (26). ¿Por qué? Porque el 1 de enero de 1993 se iba a convertir en la primera potencia económica del mundo. Y porque a largo plazo, junto a la Europa central y oriental, estaba llamada a constituir un conjunto continental de entre 850 y 900 millones de personas. Y tradicionalmente, las reglas del comercio mundial siempre han sido definidas por las potencias que controlaban el mercado más vasto. Tal fue el caso de Inglaterra en el siglo XIX y el de los Estados Unidos en el XX. Para Lester Thurow, "a los europeos vendrá, muy verosímelmente, el honor de dar su nombre al siglo XXI", pues "a medida que la Comunidad europea armonice sus legislaciones internas (...) redactará de hecho las reglas de los cambios internacionales para el siglo próximo". Así pues, Europa, concluye Thurow, no puede dejar pasar esta "oportunidad histórica".

Es ésta, ciertamente, una perspectiva puramente económica —pero de la que no se debe hacer abstracción. Lo esencial permanece: la perspectiva política, es decir, el terreno donde el poder no reside tanto en los medios de que se dispone como en la *voluntad* de hacer uso de ellos. Ahora bien, es precisamente la voluntad lo que hoy más falta. **Nietzsche**, hace más de un siglo, diagnosticaba ya esta "parálisis de la voluntad" como la *enfermedad europea*. "La enfermedad de la voluntad se ha extendido sobre Europa de una manera no uniforme — escribía Nietzsche—: donde más amplia y compleja se muestra es allí donde más tiempo hace que la cultura está aposentada" (27). Visión premonitoria.

Uno de los autores ingleses más hostiles a la actual construcción de Europa, **Kenneth Minogue**, escribe por su parte que el mayor reproche que se puede hacer, según él, al Tratado de Maastricht es que describe Europa "como una nueva entidad claramente concebida como algo que debe ser más que la suma de sus partes" (28). Viniendo de un anglosajón, semejante profesión de fe reduccionista no es en absoluto sorprendente. Al menos tiene la ventaja de establecer una línea divisoria muy clara entre quienes hoy se reclaman "de Europa". En efecto, por un lado están aquellos para quienes Europa no debe ser más que la simple adición de las partes que la componen y, por otra, aquellos para quienes Europa, al contrario, debe aspirar a convertirse en algo más que la suma de sus partes —y de sus patrias—, en este caso una unidad específica, dotada de personalidad, voluntad y existencia propias.

Todos los debates, abiertos o no, a los que asistimos hoy reproducen la misma ruptura. A un lado, los que "desean transferir a Europa un poder regulador; al otro, quienes pretenden hacer desaparecer los atributos de regulación de los Estados sin intentar recrearlos a escala europea" (29). A un lado, los defensores de una *Europa europea*, dotada de verdadera capacidad de acción en los terrenos "regalianos" de la moneda, la defensa y la diplomacia. Al otro, los que optan por una Europa reducida a simple zona de libre comercio en la estela de los Estados Unidos, parte integrante de esa "comunidad atlántica", esa "Europa de ambos lados del Atlántico" (sic) que **Margaret Thatcher** proclamó en 1988. A un lado, los partidarios de la independencia, es decir de la libertad. Al otro, los partidarios del *espacio abierto*, es decir de la vasallización.

## Una idea de Europa

¿Cómo, en este debate, no ser solidario de los primeros contra los segundos? Pero hay que ir más lejos. Y por eso también aquí tomaré posición:

1. *Por una Europa continental*. Son sabidas las dificultades a las que se enfrenta una eventual *ampliación* de la Comunidad, término que para muchos es ya simétricamente inverso a su *profundización*. Es verdad que una ampliación demasiado precoz o mal concebida tendría por efecto, en las condiciones presentes, diluir las capacidades de decisión de la Comunidad y, en el plano económico, provocaría un choque fatal en ciertos países que hoy se hallan casi en vías de entrar en el Tercer Mundo. Pero también es verdad que la actual CE sigue sin ser nada más que la pequeña Europa heredada de Yalta, la Europa de la *guerra fría*, y que tras la caída del Muro de Berlín (que, según parece, sigue de pie en ciertas cabezas) esta Europa es forzosamente caduca a largo plazo. Por eso es importante, desde ya, hacer saber a los países del Este de Europa, así como a Rusia con su *hinterland* siberiano, que su vocación natural es entrar en la "casa común" y no mantenerse perpetuamente al margen de ella.

2. *Por una Europa resueltamente democrática*. Si ciertas fronteras caen, en efecto, al mismo tiempo hay que levantar las capacidades de participación de los pueblos, sin lo cual éstos no se identificarán jamás con un proyecto que las

simples perspectivas económicas y monetarias son incapaces de hacer arraigar en su imaginario colectivo. Contra lo que Jean-Pierre Chevènement ha llamado justamente "la deriva acelerada de las instituciones europeas hacia una democracia puramente jurídica o jurisprudencial" (30), importa crear nuevos espacios públicos, favorecer la democracia *participativa* más que la democracia representativa o por delegación, en definitiva, construir una verdadera democracia de base fundada en la participación, la ciudadanía activa y la iniciativa popular.

3. *Por una Europa abierta al mundo*, que se sentirá menos amenazada por la afirmación de la identidad ajena desde el momento en que se sienta segura de su identidad propia. De esta Europa, escribe **Bernard Laguerre**, "el mundo espera que juegue un papel de arbitraje y equilibrio entre el Sur y el Norte, el Este y el Oeste, Oriente y Occidente, que aproveche su historia y su geografía para imponer, en el seno de las instancias internacionales, una visión del mundo más respetuosa que la hoy vigente con la diversidad de los pueblos y de sus culturas" (31). Añadamos que ésta sería también una Europa de la paz, con un nuevo sistema de seguridad colectiva, provista de un estatuto de las minorías que permita prevenir el desencadenamiento de los irredentismos. Una Europa atenta al sufrimiento de los hombres allá donde esté se exprese, pero que, para remontarnos a la historia reciente, no iría a socorrer a los somalíes antes de haber puesto fin al martirio de las poblaciones de Croacia, Bosnia-Herzegovina y Serbia.

4. Finalmente, *por una Europa independiente*. La religión griega nos recuerda que Europa era una ninfa a la que un día raptó Zeus disfrazado de toro. Lamentablemente, lo menos que podemos decir es que hoy no es exactamente un toro quien intenta apoderarse de Europa, y que la bestia con frente de toro lleva más bien tatuada en sus flancos una bandera de barras y estrellas. "Las ambiciones comunitarias –prosigue Bernard Laguerre– no son fundadas y legítimas sino en la medida en que Europa tenga la voluntad de ofrecer al mundo un mensaje, una visión, un modelo diferentes a los que le ofrecen los Estados Unidos" (32). El embajador de Francia Gilbert Pérol va más lejos, y tiene razones para hacerlo: "El coraje político –afirma– obliga a decir que es contra los Estados Unidos como hay que hacer Europa, o si no, no habrá Europa" (33). No se puede decir más claro.

## **Europa es una**

Europa ya estuvo unificada en el pasado. A pesar de sus disensiones, las ciudades griegas se reconocían como miembros de una misma comunidad, de una misma *oekumene*. El Imperio Romano, durante siglos, se extendió hasta las fronteras del mundo civilizado. En la Edad Media, entre los siglos XI y XIII, antes de que los Estados nacionales hicieran su aparición, antes de que las disputas territoriales se convirtieran en fuente permanente de conflictos y antes de que las políticas mercantiles fragmentaran el espacio económico y social, Europa estuvo unificada por una religión común, por estructuras sociales

comunes, por maneras de vivir y de pensar, por representaciones simbólicas que, más allá de las costumbres tradicionales y de las hablas locales, eran las mismas por todas partes, desde Polonia hasta Portugal.

Esta *nostalgia de Europa*, que es una nostalgia del pasado tanto como una nostalgia del futuro, una memoria del futuro tanto como una memoria del pasado, no ha dejado de inspirar a lo largo de los siglos a los espíritus más rigurosos, ni de suscitar las afirmaciones más proféticas.

Así **Friedrich von Schlegel**, nacido en 1772, afirma: "Pese a toda la originalidad y toda la diversidad de sus diferentes naciones, el sistema de los pueblos europeos demuestra, por una analogía chocante del espíritu de sus lenguas, de sus constituciones, de las costumbres y de las instituciones, por muchas huellas de los tiempos antiguos, el mismo origen común de toda su vida espiritual. La formación de esta notabilísima masa de pueblos está tan íntimamente anudada, es tan generalmente coherente, tan persistente en las influencias recíprocas de todas sus partes, posee tantas cualidades comunes a pesar de su diversidad, aspira tan visiblemente a un fin conjunto, que no se la puede considerar sino como un todo".

**Jean-Jacques Rousseau** observa, por su parte, que "todas las potencias de Europa forman entre sí una suerte de sistema que las une por la religión, por un mismo derecho de gentes, por las costumbres, por las letras, por el comercio y por una suerte de equilibrio que es el efecto necesario de todo esto y que, sin que nadie se preocupe en efecto por conservarlo, no sería sin embargo tan fácil de romper como piensan algunos" (34). Y añade que, "con excepción del Turco, reina entre todos los pueblos de Europa un vínculo social imperfecto, pero más estrecho que los nudos generales y flácidos de la humanidad", de modo que "esta gran obra, comenzada por la fortuna, puede ser terminada por la razón", y "la sociedad libre y voluntaria que une a todos los pueblos europeos, que toma la fuerza y la solidez de un verdadero cuerpo político, puede mudarse en una confederación real" para forzar a "todas las partes a concurrir en el bien común" (35).

Vayamos, por último, a Nietzsche, que se dirige a sus partidarios mediante esta fórmula: "Nosotros, los europeos", y que el siglo pasado escribía: "Gracias al morboso extrañamiento que la insania de las nacionalidades ha introducido y continúa introduciendo entre los pueblos de Europa, gracias asimismo a los políticos de mirada corta y de mano rápida que hoy están arriba con la ayuda de esa insania y que no presienten en absoluto hasta qué punto la política disgregacionista que practican no puede ser necesariamente más que una política de entreacto —gracias a todo eso y a otras muchas cosas, totalmente inexpresables hoy, ahora son pasados por alto o reinterpretados de manera arbitraria y mendaz los indicios más inequívocos en los cuales se expresa que *Europa quiere llegar a ser una*. En todos los hombres más profundos y más amplios de este siglo su verdadera orientación global en el misterioso trabajo de su alma tendía a preparar el camino a esta nueva *síntesis* y a anticipar a modo

de ensayo el europeo del futuro" (36). Tras lo cual, el autor de *Zaratustra* enuncia el voto más profundo de su corazón: ver cómo Europa se crea "*una voluntad única, formidable, capaz de proseguir un objetivo durante miles de años, para poner término a la demasiado larga comedia de su pequeña política y a sus mezquinas e innumerables voluntades dinásticas o democráticas*". Y concluye así: "El tiempo de la pequeña política ha pasado; ya el siglo que se anuncia hace prever la lucha por la soberanía del mundo —y la irresistible ascensión hacia la gran política" (37).

## El alma de Europa

Todo el mundo está de acuerdo en que los europeos tienen un patrimonio cultural común, pero los juicios divergen cuando se trata de definirlo, de enumerar sus características y valores esenciales. Para caracterizar al *Homo europaeus* y describir la "psiqué europea" (**Valéry**), algunos apelan simplemente a la geografía. Otros intentan remitir Europa a algunas fuentes fundamentales o algunas grandes aportaciones culturales y étnicas. Así se ha adoptado el hábito de citar la *troika* de las capitales: Atenas, Roma, Jerusalén. Europa habría nacido del encuentro del pensamiento griego, el orden jurídico y político romano, y el individualismo cristiano. Curiosamente, tal perspectiva pasa completamente por alto las componentes célticas, germánicas y eslavas de la cultura europea, y no tiene en cuenta la muy considerable herencia bizantina. Por eso **Emmanuel Berl**, en su *Historia de Europa*, se ha visto obligado a recordar, de forma bastante espiritual, que "ni Tristan e Isolda, ni Romeo y Julieta, ni Don Quijote ni Fausto son griegos organizados por Roma y convertidos por San Pablo".

Otros pretenden definir Europa por algunos grandes temas ideológicos cuya diversidad atestigua que en realidad son reflejo de preferencias muy subjetivas. Así, según los autores, tan pronto se citará la dignidad de la persona y las libertades civiles como la separación de la ley religiosa y el Estado, la herencia del derecho romano, la eficiencia económica y tecnológica, la ciencia positiva, el racionalismo, el individualismo, los derechos humanos, la democracia, etc. **Monseñor Lustiger**, con un espíritu vecino, escribe por su parte que "Europa no se define por sus características geográficas ni por sus metamorfosis políticas. Europa está constituida por pueblos y naciones que han tenido el privilegio de recibir el mensaje de la Palabra bíblica, del Evangelio" (38). Si lo hemos entendido bien, aquí es toda la antigüedad europea y todas las raíces pre-cristianas de Europa las que se ven borradas de un plumazo.

Todas estas definiciones vienen en realidad a desembocar en el mismo obstáculo; todas se hallan minadas por la misma contradicción. Y es que todas se argumentan a partir de temas o valores cuya universalidad se proclama con fuerza, hasta el punto de que todos los pueblos de la Tierra deberían abrazarlos sin demora, en el preciso instante en que se pretende hacer de ellos las características que distinguirían a la cultura europea de todas las demás. Ahora bien, una de dos: o esos valores son efectivamente universales, y entonces no es posible recurrir a ellos para definir la identidad de Europa, o en realidad son

valores particulares de Europa, y en ese caso su difusión universal no es sino una forma sutil de colonización y de aculturación que pone al modelo occidental por encima de todos los demás.

Tampoco me parece más recomendable identificar Europa con tal o cual periodo, ni con tal o cual acontecimiento particularmente glorioso de su historia. Primero porque la historia de Europa, desde hace dos milenios, en gran parte se ha confundido, al menos en sus líneas esenciales, con los diversos avatares de una ideología que no ha dejado de alejarse de su herencia tradicional para empujarla cada vez más lejos en el sentido de la nivelación técnica del mundo, de una carrera de crecimiento sin finalidad, de un individualismo destructor. Pero también porque, al mismo tiempo, la divisa de Europa bien podría residir en la fórmula de **Goethe**: "Muero y me transformo". Bajo una aparente linealidad, la historia de Europa es también, en efecto, la de una perpetua historia de regeneraciones y decadencias. Desde **Platón** no se ha dejado de anunciar simultáneamente el fin de Europa y el advenimiento de un renacimiento. De ahí que Europa se deje aprehender ante todo como un *proyecto* cuya naturaleza nunca está fijada definitivamente, como un proyecto siempre llamado a apoderarse de sí mismo para dotarse de una forma nueva.

Ciertamente, es vano encarar el futuro de Europa sin una rememoración previa. Sólo es posible proyectar aquello que se prolonga, y sólo se prolonga aquello que se asume. Pero la memoria de Europa, tal y como yo la concibo, no está tanto girada hacia el pasado como hacia la esencia que está en el origen de su ser. No es tanto la rememoración de una historia como la reapropiación de lo que está *más allá de su historia*, lo que late en la dimensión intemporal de su existencia. **Husserl**, buscando también caracterizar la "figura espiritual de Europa", me parece que ha visto claro a este respecto cuando describe la "irrupción de la filosofía" como el "fenómeno original que caracteriza a Europa desde el punto de vista espiritual". En efecto, la filosofía constituye la forma europea por excelencia del trabajo del pensamiento, y en ese sentido la "fuente griega", patria del pensamiento filosófico, puede ser contemplada como lo que está en el origen de Europa —a condición, desde luego, de no ver en esta "Grecia" una referencia limitada en el espacio o en el tiempo, sino la dimensión intemporal gracias a la cual Europa puede en todo momento volver a su propia fuente y, mediante ese retorno, descubrirse a sí misma el universo cuya custodia se le ha encomendado.

De esta filosofía, que bien podría ser la verdadera "figura espiritual" de Europa, diré, para concluir, que también mantiene lazos privilegiados con la música. Pues la música, a imagen y semejanza de lo intemporal, no tiene ni principio ni fin. Es pura melodía en continua transformación y, sin embargo, permanece siempre idéntica a sí misma, al ritmo de sus *leit-motives* y de sus estribillos. Y así la música es inevitablemente el soporte, el vector privilegiado de un inconsciente europeo el que la historia nunca ha afectado en profundidad, de un inconsciente siempre en busca de un proyecto, es decir, de un destino. Ya se trate de música culta o de música popular, de una coral de **Bach** o de una

sinfonía de **Mozart**, de un aire de caramillo que se oye flotar en la campiña griega o de un ritmo de cornamusa que hace bailar a los *korrigans* en la landa, la música conserva el secreto de lo que se mantiene más allá de la historia. Europa no sólo es bella. También canta con un corazón puro. Europa es una música. Escuchemos esa música.

## Notas

(1) Cf. **Luc Pauwels**: "Maastricht: ja toch. Over de lange weg van de liberale EEG naar de Europese Rijksgedachte", en *Teksten, commentare en studies*, 68, 3er. tri. 1992, pp. 55-74; y **Marco Tarchi**: "L'equivoco Maastricht", en *Diorama Letterario*, octubre 1992.

(2) *Le Nouvel Economiste*, 18-9-92, p. 47; también *Le Figaro-Magazine*, 19-9-92, p. 39.

(3) Declaración de Quimper, 29 agosto 1992. Cf. *Le Monde*, 1 septiembre 1992.

(4) "Lo que en realidad se dibuja – escribía **Gilbert Pérol** –, y Maastricht es su perfecta ilustración, es una Europa atlantista, sometida al dominio de una ideología combinada de liberal-capitalismo –el 'mercado'– y de universal-socialismo –los 'derechos humanos'. Y al fondo, los Estados Unidos, único Super Grande, convertido por la cobardía general en gendarme del mundo. Es el décimo tercer hombre de una Europa que cree jugar con doce" ("Europa: el décimo tercer hombre", en *La Nef*, junio 1992, p. 9).

(5) *Le Point*, 27 junio 1992, p. 41.

(6) "Oui à Maastricht", en *Le Monde*, 18 junio 1992.

(7) "Les quatre visages de l'Etat", en *Sciences humaines*, noviembre 1992, p. 20.

(8) **Dusan Sidjanski**: "L'Europe sur la voie du fédéralisme", en *Cadmos*, 55, otoño 1991, p. 141. Cf. también, del mismo autor: "L'actualité et le dynamisme du fédéralisme européen", en *Revue du Marché commun*, 341, noviembre 1990.

\* Juego de palabras intraducible. En francés, Monnet se pronuncia exactamente igual que *monnaie*, "moneda", y Delors se pronuncia como *de l'or*, "el oro" (N. del T.).

(9) **Michel Aglietta y Ch. de Boissieu**: "Monnaie européenne et souverainetés", en *Liberation*, 9 junio 1992.

(10) **Jacques Barrot**: "L'Europe contre l'Europe", en *Valeurs Actuelles*, 11 mayo 1992.

(11) **Jacques Lesourne**, art. cit.

(12) "Les trois erreurs de l'UEM", en *Alternatives économiques*, noviembre 1992, p. 37.

(13) Entrevista en *Politis*, abril 1992, p. 24. **Didier Motchane** declara: "Maastricht es la Carta de la Europa del paro" ("Quelle Europe?", en *Politis*, 30 abril 1992, p. 4).

(14) "Cuando el Tratado de Maastricht –escribe **Michel Cazenave**– hace abiertamente referencia no a la técnica, sino a la 'ideología' liberal, que se convierte en su piedra de toque, y dice que la creación de un espacio económico, financiero y monetario es preponderante sobre cualquier otra consideración, agota la noción de persona humana en la de actor del mercado y, planteando implícitamente que la libertad de este actor y la del hombre son equivalentes, introduce en realidad algo que hay que decidirse a llamar una licencia frente a la cual el ciudadano se halla desarmado" ("Por Europa, por el 'no' a Maastricht", en *Le Monde*, 14 agosto 1992).

(15) **Alain Lipietz**: "La moneda no es un objeto creado por especialistas según un flujo que sólo determina la tasa de inflación. La moneda es un lazo social, es una institución que cristaliza compromisos sociales. Del ritmo de su creación dependen, a través de los tipos de interés, tanto el empleo como la inversión y los tipos de cambio. En cuanto a la inflación, depende de multitud de determinantes sociales distintos. A partir de ahí, congelar la creación monetaria con una política de tipos de interés elevados es romper la economía real para hacer bajar el termómetro algunos grados" (art. cit.).

(16) "Notre liberté définitivement aliénée", *Le Monde*, 6 mayo 1992.

(17) Cf. también *Subsidiarity in the Challenge of Change. Proceedings of the Jacques Delors Colloquium*, European Institute of Public Administration, Maastricht, 1991.

(18) Sin embargo, el 14 de mayo de 1981 **François Mitterrand** había declarado en un discurso en Lorient: "Ha llegado el momento de crear un estatuto de las lenguas y de las culturas de Francia, para que Francia deje de ser el último país de Europa que deniega a sus componentes los derechos culturales elementales, reconocidos en los convenios internacionales que ella misma ha firmado". A principios de diciembre de 1992, la Alianza libre europea-Francia, cuyo portavoz es el eurodiputado **Max Simeoni**, lanzó un "Llamamiento para la ratificación por Francia de la Convención europea sobre lenguas regionales o minoritarias".

(19) *L'Europe contre les patries*, Gallimard, París, 1931, pp. 137-138.

(20) "Salutaire inquietude", *Medi I*, nº 234, 19 septiembre 1992, p. 2.

(21) "Une Europe qui prendra le large", en *Dossiers du Monde Diplomatique*, noviembre 1992, p. 96.

(22) *Ibid.*, p. 97. Este punto de vista americano coincide, por supuesto, con el de los liberales franceses. Para el economista **Jacques Garello**, presidente del ALEPS, "cuanta menos política haya, menos obstaculizarán los Estados la circulación de los productos, de los hombres y de los capitales, y más se extenderá Europa" (entrevista en *Valeurs actuelles*, 10 agosto 1992, p. 23).

(23) Hay un ejemplo particularmente caricaturesco: "Le regionalisme et l'européanisme contre l'Europe des nations", en *Reconquete*, enero-febrero 1992, pp. 15-18.

(24) "Durante toda su historia, Francia ha sido la excepción europea. Durante más de mil años, Francia ha impedido a Europa hacerse. En última instancia, es su papel. Francia siempre ha jugado contra el Imperio" (**Jean-Marie Le Pen** en *La Baule*, 28 Agosto 1992. Cf. *Le Monde*, 29-30 agosto 1992).

(25) *La Maison Europe, superpuissance du XX siècle*, Fondation Saint-Simon/Calmann-Lévy, 1992.

(26) Entrevista en *L'Express*, 3 septiembre 1992, p. 80.

(27) *Par delà le bien et le mal*, § 208, Mercure de France, 1948, p. 193 (Ed. española: *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, 1972, p. 149).

(28) "Pour l'Europe des patries, contre l'Etat européen", folleto editado por la Asociación Tocqueville, mayo 1992, p. 4. Cf. también **Kenneth Minogue**: *Resisting Leviathan. The Case Against a European State*, Claridge Press, Londres, 1991.

(29) **Edgar Pisani**: "Quelle Europe?", en *L'Événement européen*, XI-1992, p. 32.

(30) "Inventer une autre Europe", en *Le Monde*, 9 julio 1992, p. 2.

(31) "Reflexions autour d'un débat", en *L'Événement européen*, cit., p. 76.

(32) *Ibid.*, pp. 75-76.

(33) Art. cit., p. 9.

(34) "Extrait du projet de Paix perpétuelle de Monsieur l'Abbé de Saint Pierre", en **Jean-Jacques Rousseau**: *Oeuvres complètes*, vol, 3 ("Du Contrat social, Ecrits politiques"), Gallimard-Pléiade, 1991, p. 565.

(35) *Ibid.*, pp. 573-574.

(36) *Más allá del bien y del mal*, op. cit., § 256, p. 214.

(37) *Ibid.*, § 108, p. 195.

(38) *Nous avons rendez-vous avec l'Europe*, Mame, 1991.

[*Hespérides*, 12, Invierno de 1997, pp. 903-926]